

## Almuerzos con mi padre

Mi padre fue gañán, pero no un mal gañán.

No importa lo que se sea siendo el primero ni interesa la alcurnia para nada siendo una calamidad.

De muy chico repartió pan de un horno que puso su padre en la casa del Conde de la calle del Cristo de Zalameda, en la que, ya en mi tiempo, tuvo la carretería Cosme, -Isidro Montalvo-, y la diaria de Criptana, Correillas, el hermano de Pedro el de la Junquilla. Iba con una cesta grande, llena hasta arriba, en cada brazo, como mandaba Canana sus tortas a la estación recientemente.

De ambas familias fui amigo y de varios de sus hijos mucho, tocándome asistir al mayor de Cosme, Severino, ayudante de la escuela del señor Bernardo y músico de la banda de Gassola, donde tocaba la flauta y el maestro le compró una plateada por sus merecimientos.

Era compañero y amigo de Pepe Belmonte y uno de los casos más espectaculares y prolongados de tisis habidos en Alcázar, del que decía la gente que se había puesto enfermo de tanto soplar en la flauta.

Otro de sus hermanos murió en el Hospital General, operado por don Juan Bravo, con la influencia de don Magdaleno, amigo de todos y Manuel se hizo cartero y se casó en la misma casa con la Magdalena de Antonio Correas, el de la diaria, moza prudente y discreta donde las haya, de figura angelical.

Desde que se hizo gañán, no faltó en las hazas nunca ni dejó de almorzar y comer caliente ningún día ni le faltaron las gachas, las habichuelas o los mojetes para cenar. Como el oficio hace maestros, gracias a esta necesidad de guisar en el campo, se hizo un gran guisandero, con merecida fama entre sus amigos que eran de oficios lugareros y podían delegar los guisos en las mujeres, pero él nunca comió de fiambre, de merendera o entrepanado como se estila ahora con los adelantos, ni en su tiempo, nadie, por eso se vendían tantas sartenes de patas en la feria, siendo la época de los atrasos que no hay que confundir con la de los perezosos. Ya en la madurez y precisamente por los amigos, fue consumista, cosa que acabó de relacionarlo ampliamente con la plaza y sus pobladores y como podía surtirse mejor, aumentó su inclinación a la sartén. Y cuando murió, bastantes años después, todavía existían en las cámaras de mi casa testimonios evidentes de los riesgos de aquel servicio que intranquilizaba a mi madre. Y yo creo que le gustaba o